

Presentación

La literatura y la educación pueden desarrollarse una sin la otra. Hay literatura que no educa y educación que no acerca obras literarias a los procesos pedagógicos. Pero cuando se articulan no sólo rompen su propia soledad, sino que se convierten en un sugerente camino para conectarse con la vida. Si la educación es un territorio privilegiado del diálogo y la literatura es un estímulo a la subjetividad diferenciada, del encuentro entre ambas nace la posibilidad de un enriquecimiento mutuo que nutre el aprendizaje colectivo. Tal acoplamiento es el tema central del presente número de *Decisio*, en el cual se incluyen textos en los que la literatura se convierte en protagonista de un proceso educativo para toda la vida.

La literatura y la educación están llenas de pasado, pero el futuro no les es ajeno, porque son memoria y luz hacia adelante. Ambas, al hablar también callan, y en ese juego de la palabra y el silencio, lectores y estudiantes recrean, complementan e imaginan; de ahí que ninguno interpreta igual que otro lo que lee y nadie se educa de manera idéntica que el compañero de junto. Literatura y educación son, entonces, territorios abiertos a la reinención; el que lee reelabora historias e imágenes, el que se educa reconstruye el conocimiento y adapta su aplicación.

Cuando el lector siente que ahí, en esa novela, en ese cuento, hay algo que nadie le ha contado o que en ese libro de poemas hay imágenes que todavía no conoce, no sólo ha quedado seducido por el poder de la palabra, sino que ha derrumbado los puentes que eventualmente le permitirían regresar a la condición de *no lector*. Cuando al estudiante le explota internamente la pasión por conocer, no sólo se deslumbra ante los saberes humanos, sino que ha quemado las naves que le permitirían regresar a la indiferencia cognitiva. Como dijo un joven de un barrio marginal de Colombia al hablar de su proceso educativo: “descubrí que podíamos enamorarnos de aprender”.

Tanto en la literatura como en la educación no entra en juego sólo la razón o la inteligencia lógica, sino que en ambas también se experimenta con las entrañas, con el instinto, con la fuerza de la emoción, es decir, con la totalidad humana. Por eso no se trata de educar mentes, sino de educar humanos y, en ese amplio propósito, confluyen ambas otra vez.

Los artículos aquí publicados narran experiencias en las que se funden la educación y la literatura, la memoria y el horizonte, la realidad y el sueño, el logro y el deseo, la crítica y la alternativa que se vislumbra, especialmente frente a la urgente demanda de rehacer nuestros vínculos con la naturaleza. Tales colaboraciones nos dicen que la labor literaria y educativa, juntas o separadas, catapultan la aspiración humana por alcanzar la totalidad de la vida, que hoy estamos tan lejos de comprender.